

Ponencia

Historia del freudismo e historia de la sexualidad: el género sexológico en Buenos Aires en los treinta

Hugo Vezzetti

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Trataré de cumplir con el propósito de este encuentro en el sentido de favorecer un relieve de los problemas conceptuales de la investigación, algo que supone un cierto distanciamiento respecto de los “resultados” y que lleva a destacar los caminos, los registros y los obstáculos en la producción de conocimiento y en la escritura de una historia. No digo nada novedoso si comienzo por señalar que una investigación empieza por ciertas preguntas, que esas preguntas construyen propiamente los “objetos” y los problemas de la indagación y que no nacen en el vacío sino de una cierta configuración de conocimiento sobre el tema. Es igualmente sabido que las respuestas proyectadas a esas preguntas se sitúan, en cierta medida, en un horizonte de interpretación potencialmente conflictivo respecto de los significados más o menos establecidos, de acuerdo con un “estado de la cuestión” que, aun cuando no sea obvio o explícito, es una condición de un proyecto investigativo. Es cierto que hay una producción historiográfica más bien reproductiva de algún sentido común (sea el de los especialistas, sea el de los diversos “usuarios” de la historia) pero, en todo caso, quisiera destacar que si hay un “crecimiento” (podría decir también un “progreso” si se lo entiende en términos de un conocimiento siempre relativo a los propósitos, es

decir a las preguntas que orientan la investigación) del conocimiento histórico es por esa voluntad de innovación que supone el propósito de alterar –y no confirmar– el estado previo de la cuestión.

Con estas ideas previas, quisiera situarme frente a un capítulo de mi investigación sobre la *historia del freudismo* en la Argentina. Se trata de un ejercicio a posteriori de la escritura, ya que se trata de un capítulo terminado de un libro ya entregado, lo que favorece cierto intento de “distanciamiento” en el juicio, pero, a la vez, impone abordar la cuestión de la relación entre investigación y escritura, como realización y cumplimiento del trabajo del historiador. Al mismo tiempo, me hago cargo de los problemas de esta colocación que se pretende “disociada” entre el comentarista crítico y el historiador, y que sólo se justifica como un recurso para la discusión.

El capítulo al que he de referirme trata de las representaciones de la sexualidad producidas y difundidas por el género sexológico en Buenos Aires, exploradas como condición y terreno para la recepción del freudismo. La relación entre discurso psicoanalítico y discurso sexológico ha sido establecida, tanto en la historia erudita del psicoanálisis como en el primer tomo de la

obra provocadora de Michel Foucault sobre la historia de la sexualidad. En nuestro siglo, el freudismo quedó caracterizado como una disciplina que inauguraba un nuevo saber (y nuevas terapéuticas) sobre la sexualidad. Lo innovador del trabajo no radica en esa relación, y en definitiva no es cuestión de hacer un relevamiento de las citas y las referencias a Freud en la sexología, sino de encontrar en su despliegue una condición central de la fundación de una tradición "plebeya" de apropiación del discurso freudiano. Hablar de "freudismo" es distinto de referirse a los conceptos teóricos y el método freudiano y no coincide con el "psicoanálisis", en la medida en que el psicoanálisis incluye siempre una dimensión institucional que está ausente aquí. En principio, el "freudismo" se refiere a un *corpus* "difuso" que coincide en la referencia a Freud y en el que conviven discurso médico, ensayo literario, enseñanza académica, divulgación; en fin, formas diversas que "penetran" en la cultura y se anudan a ciertas "representaciones sociales" extendidas.

La sexología constituía en los veinte y los treinta un género popular. Basta pensar en la "Biblioteca científica" de la editorial Claridad y en un libro como *El matrimonio perfecto* de Van de Velde del cual se publicaron unas sesenta ediciones desde mediados de los treinta. Si digo "género" es porque la sexología no constituye todavía un "campo disciplinar" legítimo en el ámbito médico ni existe ninguna figura que nuclea y organice ese discurso, al estilo de lo que fueron Magnus Hirschfeld o Havelock Ellis. Ahora bien, en la medida en que se sitúa entre la medicina y la literatura de divulgación mantiene una zona ligada a las formas de las disciplinas médicas, incorpora recursos de la ciencias biológicas, de la medicina social y aun de la psicología y la psicopatología. Pero las iniciativas de edición, los autores, la circulación y las lectu-

ras corresponden a un público y un mercado que es ajeno al campo médico.

Ese campo de relaciones de sexología y freudismo viene a complejizar la distinción de una "doble vía", médica y literaria, de implantación del freudismo en el mundo contemporáneo. Si esa separación cabe cuando se atiende al marco institucional y a ciertos efectos de "campo" en la circulación e implantación del discurso, puede convertirse en un obstáculo y en una división insuficiente para un estudio que pretenda acentuar la dimensión propiamente cultural de las condiciones y efectos de esa recepción. Esa implantación supone un conjunto de procesos que son a la vez propios y "externos" al horizonte de temas del psicoanálisis o, más en general, al dispositivo institucional de los "usos" en la clínica o las prácticas de la psiquiatría y la psicología, así como a la incorporación a los ámbitos académicos.

Ahora bien, el discurso sexológico no es homogéneo, en más de un sentido. Por una parte, es palpable la heterogeneidad en relación con su estatuto moral e ideológico. En ese terreno, hay una versión "conservadora" que se interesa por la "educación sexual" de los jóvenes, preocupada sólo por la higiene de las enfermedades venéreas y por la prevención del "flagelo" de la masturbación. Pero también existe un *corpus*, más representativo, que pone su centro en la vida sexual en el matrimonio y busca intervenir en una perspectiva de "cambio" de los valores y las costumbres. Se propone incorporar al matrimonio cierto saber, incluso "técnico", que sería necesario para la realización plena de sus fines, incluyendo entre ellos el de la "felicidad" erótica.

Por otra parte, el discurso sexológico no es homogéneo en un sentido más básico, en la medida en que en su interior coexisten problemáticas diferentes. Por una parte, la "cuestión sexual" (tal como la definió Auguste Forel) se refiere a la disciplina médi-

co-social, que se extiende a lo jurídico y lo moral, e incluye básicamente la eugenesia y la higiene del matrimonio. En ese sentido, la "ciencia de la reproducción" coexiste con una "psicopatología del sexo" que proclama la existencia de neurosis sexuales como enfermedades específicamente "modernas". En este polo es claro que domina el relieve público del sexo, sea por el sesgo de la visión eugenésica y la salud de la especie, sea por ese descubrimiento de una amenaza neurótica colectiva derivada de las disfunciones de la sexualidad.

Otro núcleo, en cambio, es el de la erótica matrimonial que pretende constituirse en una guía para la felicidad sexual. *El matrimonio perfecto* muestra bien la coexistencia difícil de esas dos problemáticas y se sitúa entre la apelación eugenésica y la constitución de la sexualidad como un área de realización individual. De allí el propósito de transmisión de un "saber" que es a la vez instrucción e "iniciación" y que busca ponerse en juego en el espacio de lo más íntimo. Y lo hace por medio de una intervención doble: procura instruir al marido que resulta ser el destinatario del libro, pero cargándolo con la responsabilidad de ser el formador e iniciador de su mujer. El fantasma que domina la escena y sobrevuela las alcobas es el aburrimiento y el hastío, particularmente la ausencia de placer sexual en la mujer, de modo que el éxito de la empresa se mediría, en último término, por el logro de ese objetivo siempre dudoso que es la satisfacción de la mujer.

III Ahora bien, querría combinar esta exposición mínima de algunos temas de la investigación con una reflexión más general en torno de los objetos y criterios de la historia intelectual. Las significaciones que el discurso sexológico puede adquirir se sitúan en una intersección de dos "registros" de problemas. Y quiero propo-

ner que una *historia intelectual* se caracterizaría por una colocación plural, dispuesta a desplazarse en la medida en que sus "objetos" se configuran en "construcciones" que pueden ser, en principio, diferenciadas en dos esferas: sociocultural y conceptual. Si se parte de la existencia de un *corpus* de representaciones de la sexualidad abordado en un sentido amplio —nociones e ideas, creencias y constelaciones de valor, formas difusas de la sensibilidad, pero también "pensamiento" y sistema de conceptos— el mismo puede ser abordado, en principio, en un ámbito de intersección de esos dos espacios de significación.

El primero remite a una dimensión propiamente cultural, en sentido "antropológico" podría decirse, a una trama a la que se alude imprecisamente con el término "imaginario social" e involucra la moral social y sus efectos sobre las "costumbres"; aunque no necesariamente haya un correlato en las conductas efectivas, en la medida en que las "costumbres" también están atravesadas y alimentadas por una dimensión "latente", disociada, conflictiva.

El segundo registro, que no deja de interactuar con el primero, corresponde a las formas pretendidas del discurso "científico" (o "filosófico" en algunas de sus proyecciones) organizado de acuerdo con parámetros que mantienen una relativa especificidad. Ante todo, es un discurso organizado por la mención relevante de autores y textos "fundadores" y por la referencia a algo que se propone como una disciplina de conocimiento y de intervención prescriptiva. En el caso de la sexología en la Argentina en el período considerado y por el peso del dispositivo de "divulgación", no hay propiamente un campo disciplinar local; lo más común son las traducciones y la referencia reiterada a algunos pocos autores extranjeros (Krafft-Ebing, A. Forel, H. Ellis, Th. Van de Velde); eso abre una vía posible de

análisis comparativos con zonas más organizadas de la medicina pública, la higiene y la psiquiatría.

Por eso prefiero hablar de “género” sexológico, para referirme a cierto “tipo” de discurso más que una disciplina científica. En rigor, la sexología pertenece a la vez al campo médico y al literario, de un modo peculiar: es médica por el estilo y las referencias (pero no por los destinatarios ya que posee una débil legitimidad académica) y es literaria porque constituye un género peculiar, por sus condiciones de producción y circulación y la relación al público y al mercado. Pero aun con esos rasgos diferenciales, respecto de disciplinas científico-médicas más establecidas, no puede desconocerse que la sexología busca organizarse en torno de problemas definidos según la lógica del conocimiento fundado y sistemático; aun considerando sus ambigüedades y sus deslices llanamente normativos, procura ajustar sus temas a las formas y las condiciones de las proposiciones verdaderas desde los criterios de las disciplinas médicas y biológicas.

Sería fácil destacar las vías de comunicación de estos dos “registros”, incluso señalar las zonas de mínima diferenciación, sea por el lado del “contexto” cultural que hace posible y presiona la definición conceptual de los problemas, sea por el de una difusión del discurso de la ciencia que, en temas como los que estamos considerando, penetra profundamente en la trama cultural. Pero eso no elimina la diferencia e instala, en todo caso, una tensión en el ejercicio de la labor analítica interpretativa.

El horizonte de problemas de la historia intelectual, en la perspectiva aquí presentada, pretende situarse en un terreno distinto de la distinción tradicional, en la historia del pensamiento científico y filosófico, entre historia “interna” e historia “externa”. Que

una historia intelectual debe atender a la vez a lo que es propio –desde el punto de vista de sus portadores y “usuarios”– y a lo que es ajeno a la disciplina, puede ser admitido como una premisa que vendría a establecer la distancia con el planteo más tradicional de la historia de la ciencia. Pero, ¿significa eso que la historia intelectual debe orientarse a producir una homogeneización del registro en aras de una “significación” que nivelaría conceptos, valores, actitudes, rituales, usos y formas difusas de la sensibilidad? En el otro polo, por otra parte, el riesgo evidente de una atención volcada unilateralmente al orden de los conceptos es la suposición de un “sistema” o una “estructura” racional operante más allá del discurso y del campo: a la homogeneidad culturalista replicaría la homogeneidad de un orden formal intrateórico. Entre la tentación relativista a la nivelación de sus objetos, expresión homogénea de una dinámica cultural que produce parejamente “significaciones”, y la orientación (defensiva en el marco de la historiografía actual) restrictiva y concentrada en el horizonte disciplinar de los conceptos, que borra la práctica social y las fronteras culturales, el camino que queda para la historia intelectual es estrecho y atravesado por la ambigüedad.

Insistir en la posición de una historia intelectual que no debería, en principio, renunciar a rehacer su abordaje según esos distintos registros, supone tomar en consideración otra dimensión no menos relevante en este ejercicio de distinciones. Me refiero a la polaridad que habitualmente se establece, en las condiciones propias del campo cultural y científico argentino, entre el estudio –sociológico y cultural, podría decirse– que prioriza el horizonte nacional y las condiciones locales del “campo” (en el que el impacto de P. Bourdieu ha sido particularmente penetrante) y una historia

más apegada a la recepción de discursos y formas de pensamiento constituidos en centros, corrientes y autores externos, según los modos de la historia de las ciencias, y respecto de los cuales las circunstancias locales pueden aparecer como aleatorias.

Con ello no se agotan, ni mucho menos, las dimensiones posibles del análisis histórico. Ante todo, en el caso analizado, si, como se dijo, la "sexología" descansa en un género de divulgación popular, más que en una fundación disciplinar, no puede eludirse una consideración de las vías materiales de edición, es decir, una historia material de los libros, su producción y circulación y la relación con los públicos, un área de problemas en los que el trabajo apenas se introduce y en los que se extraña la carencia de investigaciones sistemáticas sobre las editoriales y los editores de Buenos Aires.

IV De lo anterior se sigue que las condiciones de constitución, arraigo y expansión de un cierto "discurso sexológico", su consistencia y su "implantación" en la cultura, se revelan mejor a partir de una labor histórica que admita una colocación en el "borde", en una "intersección" móvil entre la lógica de conceptos, por muy laxos que éstos sean (en cuanto esa consistencia integra un repertorio más o menos sistemático de cuestiones y eso permite analizar filiaciones, superposiciones y diferencias) y la trama más "abierta" de significaciones que pueden referirse a un "clima de opinión", al cuerpo de representaciones sociales constituyentes de eso que se llama "mentalidades", a la dimensión biográfica, intelectual y social, de individuos o de círculos y grupos, en fin, a la posición del público como actor del campo cultural en el marco de iniciativas que responden a la dinámica de "modernización".

Es claro que los "objetos" de la investigación (por ejemplo la significación del

"amor") se recortan y adquieren sentidos distintos en un registro u otro. Al mismo tiempo, interesa destacar las zonas de intersección entre la dimensión de las representaciones sociales y el plano de pensamiento genéricamente disciplinar. Y quiero proponer que la historia intelectual es más capaz de dar cuenta de esos objetos en la medida en que se desplaza y rehace sus análisis en una y otra dimensión, entre el imaginario social amoroso y las vicisitudes de la formación discursiva que instala y difunde los temas del instinto sexual, la diferencia entre los sexos, la psicopatología de la vida erótica o el papel del sexo en la felicidad individual y el destino de la raza. Por ejemplo, ciertas zonas del discurso de higiene sexual en Buenos Aires a principios de siglo reciben una interpretación diferente si se las incluye en el registro de una reconstrucción de las representaciones del amor, el matrimonio y la familia —en las condiciones particulares de una constelación que fue reiteradamente señalada como problemática en la Argentina— o si se las refiere al registro de un discurso "eugenésico" que da cuenta de un cierto estado de conformación de una disciplina *sui generis*, un *corpus* médico-social que, en gran medida, requiere ser analizado en el contexto de la recepción de una problemática importada.

Voy a retomar esta distinción e intersección de registros en los temas de mi investigación. En el primer registro, en torno de las representaciones del amor y el matrimonio en la Argentina, que es una historia de mayor duración, me interesó partir de un núcleo de "problematización" de la cuestión familiar que acompaña el proyecto originario de poblar el desierto. En las representaciones de la nueva sociedad hay, podría decirse, una "política de familia" que acompaña la política de población. El ideal alberdiano es la "familia mixta", en la cual la

mujer pone la pureza de su linaje, la "matéria" de su fertilidad natural, y el inmigrante, siempre que sea civilizador, incorpora la fertilización del trabajo, la técnica. En ese embrión de la nueva sociedad Alberdi proyecta su propio "matrimonio perfecto", en el cual no incluía, por supuesto, la erótica matrimonial. En cuanto a las representaciones del amor en la sociedad tradicional es claro que aparecen escindidas respecto de las cuestiones del matrimonio. Tal como lo revela la literatura autobiográfica, la experiencia subjetiva del amor es del orden de la *pasión*, mientras que los rituales sociales del matrimonio se refieren a otra cosa, al *linaje*, el apellido y, en todo caso, a la propiedad.

No hay, entonces, una problematización de la cuestión familiar semejante a la que va a aparecer con la medicina social del fin de siglo y sus proyecciones sobre la política. Éste es un período en el que me sitúo con mayor seguridad. El sentido común eugenésico trastoca ese cuerpo de representaciones aunque no puede decirse que se produzca una ruptura absoluta con la concepción tradicional. Por ejemplo, en *En la sangre* de Eugenio Cambaceres, la figura del inmigrante "advenedizo" es la de un transgresor a la vez del orden del linaje social y el apellido, y de la salud colectiva por su constitución natural degenerativa. La "sangre" (o la "raza") se superpone al "linaje" sin eliminarlo. Y en todo caso la historia del inmigrante crapuloso que seduce a una joven y bella criolla es la contrafigura del "matrimonio mixto" soñado por Alberdi.

La eugenesia se instala como un discurso ampliamente extendido, en zonas de la élite pero con capacidad para llegar a otros estratos de la sociedad. Si incluye versiones ideológicamente reaccionarias y elitistas, se expresa también en los proyectos higienistas reformistas, que insisten en el mejoramiento de las condiciones del medio. Como

sea, hay un "giro naturalista" en las representaciones del "matrimonio moderno" que equivale, ahora, a la pareja consciente de su capital genético, su papel en la herencia y sus responsabilidades con la especie y la Nación. Lo excluido, en todo caso, es ese orden de la pasión, que reaparece en la novela semanal, y la sordidez de la sexualidad en el prostíbulo.

En el marco de esta historia atenta al registro de las representaciones sociales, tal como pueden ser leídas en fuentes literarias, hay dos autores que desafían ese "sentido común" eugenésico. Por una parte, José Ingenieros. Sus ensayos sobre el amor exceden el propio campo disciplinar en la medida en que son leídos por el nuevo público, a partir de las ediciones populares que publicaba su hermano o por la inclusión en las ediciones de novelas semanales. Allí donde el discurso eugenésico establecía la necesaria integración del amor y los fines reproductivos en el matrimonio, Ingenieros viene a afirmar la separación entre amor y "domesticidad". La otra figura destacable, más radicalmente transgresora, es Roberto Arlt, quien construye un imaginario erótico que muestra que el amor y la sexualidad no pueden ser ni ordenados ni disciplinados. El ejercicio de la sexualidad es disruptor respecto de cualquier orden y encuentra su mejor ilustración en una serie que va de la masturbación a la sexualidad del prostíbulo y al crimen sexual. Finalmente, el "matrimonio perfecto" de Arlt es el que renuncia a la pulsión y puede ser ilustrado por la pareja entre el Astrólogo castrado e Hipólita que es frígida. El matrimonio efectivo, en cambio, queda incluido en el imaginario del prostíbulo: detrás de cada suegra hay una madama dispuesta a todas las tretas para sacar adelante su negocio y la "pelafustana" emerge detrás de cada joven casadera que aspira a atrapar a un incauto.

Éste es un registro de la historia posible y puede pensarse incluso que es preferible limitarse a esa sola historia. Pero si se aspira a abordar las intersecciones con el "género" sexológico como una formación discursiva con sus propios objetos y problemas, no basta atender a la trama de las representaciones sociales. Hay núcleos conceptuales en torno, por ejemplo, del tema del instinto como fuerza natural biológica. Si se escriben miles de páginas sobre el sexo es porque se piensa que, en alguna medida, el instinto debe ser formado y educado. Por lo tanto, ¿qué es lo instintivo y qué es lo educable? Allí se abren problemas de otro orden, la implantación de un *corpus* de saberes que buscan justificarse en la delimitación de lo biológico y lo cultural. Otro problema es el de la diferencia sexual entre el hombre y la mujer. En la medida en que se insiste en destacar las profundas diferencias, el problema mayor es el de la armonización de dos fisiologías tan diferentes para lograr que sean mutuamente satisfactorias. Allí nacen una serie de figuraciones biológicas que no dejan de plantear ambigüedades y paradojas. El modo de actividad y de relación del espermatozoide en el óvulo ofrecen la ficción fundamental de la diferencia sexual y del papel de los sexos.

La sexualidad en el hombre estaría en posición más cercana al instinto que no requiere educación, caracterizada por una modalidad "de descarga", en cambio la sexualidad femenina, si está siempre más demorada, sería más educable. Y sin embargo es el hombre el educador y el responsable del éxito erótico del matrimonio. La cuestión de la base instintiva o moral y cultural de la diferencia sexual queda, entonces, sumida en la incertidumbre y en la inconsistencia; y la intención científica y moralmente prescriptiva de estos textos muestra su dudosa eficacia. Queda, finalmente, la cuestión de la psicopatología sexual, que se constituirá en un

terreno central de la recepción del freudismo. La justificación de este tratamiento problematizador del ejercicio de la sexualidad, en sus efectos colectivos, radica en la tesis de las "neurosis sexuales" como trastornos extendidos en el mundo contemporáneo; ése es el marco global de la preocupación por la insatisfacción sexual que muestra sus síntomas sobre todo del lado de la mujer. Y aquello que en el registro puramente eugenésico se tomaba en el nivel de la especie, ahora se ha desplazado a una psicología y una psicopatología de la vida erótica. Las "neurosis sexuales" vienen a ser equivalentes, en el terreno de los malestares psíquicos, a la vieja amenaza de la degeneración.

Es claro, entonces, que se trata de un discurso relativamente más organizado en torno de ciertos tópicos que fundan el género; por lo tanto las fuentes son mucho más específicas (en una serie que incluye básicamente a Schopenhauer, Krafft-Ebbing, Havelock Ellis y Auguste Forel y que es popularizada entre nosotros por T. H. Van de Velde) y queda mucho más recortado temporalmente, ya que en particular corresponde a las primeras décadas del siglo XX. En esa dimensión hay un criterio de articulación del *corpus* que atiende a la dimensión de la recepción, una apropiación (o mejor una reapropiación considerando que con frecuencia se trata de versiones de segunda mano) que, como es sabido, no es meramente reproductiva, en la medida en que reconstituye su objeto según la problemática que subtiende las operaciones de lectura. En ese sentido, las lecturas colocan al texto en el marco de una tradición, lo incluyen en un ámbito de experiencia o se sirven de él para impulsar un nuevo horizonte de problemas, para trastocar alguna región del sentido común o para establecer nuevas formas de relación con el público. Pero a la vez, exigen atender a una trama de significación que reenvía al *corpus* de una disciplina más o

menos constituida, en el que los conceptos en cuestión encuentran su justificación.

V Hasta aquí, el marco ordenador y, podría decirse, normativo, de la investigación que, referida a esa trama de problemas no puede eludir, entonces, un tratamiento diversificado. Pero una cuestión complementaria de esa distinción de registros y de sus intersecciones se refiere a la relación inarmónica entre el momento de la investigación y el momento de la escritura. Ante todo, el capítulo no está organizado al modo de una presentación ordenada y delimitada de esos registros. Puesto a juzgar un fragmento de mi propia obra encuentro difícil dissociar los problemas de la investigación de los de la escritura; pero a partir de reconocer que entre esos términos se establece una relación inarmónica. La lógica de la investigación, orientada por esa distinción de registros, impondría sus enfoques específicos en la delimitación del *corpus*, la periodización, los límites en el tratamiento interpretativo, en fin, los imperativos de la “justificación” en el nivel de las fuentes o de la bibliografía. El momento de la escritura, en cambio, es el de la producción de sentido e impone una presión diferente, hacia una elaboración argumentativa que teje diversamente sus proposiciones, trastoca esas distinciones, selecciona y descarta y vendría a operar en el sentido de cierta nivelación o bien mezcla y superposición de

esos registros previamente diferenciados.

No pretendo proponer una metodología sino una exposición de mis propias dificultades en un trabajo historiográfico que oscila, entonces, entre un *orden de la investigación* que responde a parámetros “disciplinarios”, incluso “técnicos” —entre la historia de los conceptos, la historia de las representaciones sociales, la historia de los campos profesionales e institucionales y de la producción y circulación de las publicaciones— y un *orden de la escritura*, bajo la forma del “ensayo histórico”, que altera, o reordena, podría decirse, el sistema de las diferencias pero no para introducir ningún furor “deconstructivo” sino como apertura hacia un ejercicio tentativo, interrogativo, de la interpretación.

En todo caso, hay más un camino en el tránsito de la práctica investigativa a la producción del texto. Cierta ejercicio inestable de ese tránsito formó parte del modo como se plasmó el libro, en el que las diferencias de registro en sus diversos capítulos son correlativas con diferencias en el nivel de los problemas y los “objetos” respectivos. En ese sentido, el “freudismo” de que se trata no se conjuga de una sola manera, aun cuando se procure destacar algunas ilaciones y cierta filiación posible en contextos más amplios. Y finalmente, no hay justificación de la labor historiográfica que no deba remitirse a los resultados, lo que incorpora un elemento de riesgo en la empresa de conocimiento. □